

# Adán Buenosayres y la historia de la Literatura Argentina



Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

Como lo anuncia el título de este artículo, nos proponemos hablar de *Adán Buenosayres* y la historia de la Literatura Argentina. No de la gran novela de Leopoldo Marechal en la Historia de la Literatura Argentina, en cuyo caso el término “historia” debería estar encabezado por una mayúscula para significar el sentido de monumentalidad con que generalmente se concibe a esa disciplina. Porque lo que vincula a los sintagmas nominales de este enunciado no es una preposición sino una conjunción que, en vez de situar a la novela en el campo de una disciplina, la relaciona con el terreno amplio y abierto de los procesos simbólicos y hermenéuticos, que a lo largo del tiempo reconocen sus sentidos en la misma medida en que los resignifican.

Historia de la Literatura Argentina pretende significar aquí, desde ya, la historia de los textos producidos en el contexto de dicha literatura pero también la historia de la lectura de esos textos, tanto como la historia de sus usos y apropiaciones, con lo cual una historia de la literatura argentina difícilmente pueda pensarse como otra cosa que una historia política.

Esa historia política, hecha de prácticas, saberes, discursos, convenciones, hegemonías, inflexiones y emplazamientos –sumidos en y atravesados por el decurso del tiempo–, no se reduce a sus manifestaciones académicas y eruditas ni se agota en el proceso de renovación y cambio que supone cada nueva promoción de escritores. Más allá del relevamiento sistemático de obras y autores, y de su registro historiográfico según programas de trabajo más o menos tradicionales o innovadores, una historia política de la Literatura Argentina debe, además, abarcar e incluir a los múltiples y diversos lectores –especializados o informales, profesionales o anónimos– que la van sosteniendo a lo largo del tiempo.

Entonces, con una historia de la Literatura Nacional concebida de este modo es con la que querríamos vincular a *Adán Buenosayres*. No para entronizarlo en el podio de las obras veneradas que se solidifican en el acto de su reverencia –efecto inevitable de toda actitud laudatoria que concibe a la Historia Literaria como panteón y necrología– sino para confrontarlo con la serie heterogénea de escrituras, actos, lecturas o transformaciones que lo interpelan, lo hablan y lo niegan simultáneamente.

Confrontarlo, por otra parte, significa para nosotros poner en diálogo, es decir, hacerlo hablar con la historia de la Literatura Argentina del mismo modo en que intentamos

que esa historia *lo hable*. Somos conscientes del sentido metafórico de estas proposiciones, cuya literalidad se presentaría como algo absurdo: los textos no *se hablan* en un sentido estricto, sino que se leen y se reescriben.

De esas lecturas y reescrituras es de lo que tratará este trabajo, soslayando la tentación de pensar a la historia de la Literatura Argentina como una totalidad a la que habría que actualizar en toda su magnitud y presencia, puesto que se trataría de una empresa tan innecesaria como inviable.

En consecuencia, pensaremos algunos pocos momentos de la historia de la Literatura Argentina en los que el vínculo con *Adán Buenosayres* es tan intenso que en ellos se pueden reconocer los hitos que a la novela de Marechal le otorgan su evidente espesor histórico.

Un primer momento, al que nos atrevemos a llamar fundacional, estaría representado por la experiencia histórica del *martinfierrismo*. *Adán Buenosayres* dialoga, ciertamente, con el *martinfierrismo* de diversas y múltiples formas dado que lo hace a nivel temático –los protagonistas más destacados de ese movimiento aparecen ya en la dedicatoria que encabeza el texto, para ser objeto de representación a lo largo de todo el relato–, pero también lo hace, según nuestro punto de vista, a nivel del lenguaje que utiliza. No del lenguaje entendido como “léxico” –y habría que ver, por otra parte, si existió algo así como un léxico *martinfierrista*–, sino del lenguaje entendido como retórica, es decir, como figuración y transformación del sentido literal de los vocablos. Porque el lenguaje de *Adán Buenosayres* tanto en los primeros cinco libros, en los que un narrador omnisciente refiere las peripecias compartidas por Adán y sus compañeros a lo largo de dos días en la ciudad de Buenos Aires, como en el libro Séptimo, donde el propio Adán cuenta su particular inmersión en un Averno vernáculo, es un lenguaje absolutamente paródico, satírico, irreverente e irrisorio que despoja de todo atributo de gravedad o solemnidad a sus representaciones.

Nos parece que sería correcto calificar a ese lenguaje de *martinfierrista*, o decir que se trata de un lenguaje tributario del *martinfierrismo*, para señalar la deuda que la escritura de Marechal guarda con respecto al lenguaje del movimiento que también lo tuvo como protagonista.

Escribir con ese lenguaje sería, de este modo, una manera de posicionarse ante el mundo y ante la historia. Es verdad que no todo el lenguaje de *Adán Buenosayres* adopta esas características: cuando habla Adán, por ejemplo en el “Cuaderno de Tapas Azules”, el estilo y la retórica son otros, mucho más volcados hacia el plano de una lírica trascendente y metafísica. Pero la parte mundana de la novela, por así decirlo, donde la sátira y la parodia establecen su dominio, tiende a un habla plegada a las formas de la lengua popular, incluso en sus versiones inmigratorias.

Allí, podría decirse, el *martinfierrismo* es hasta desbordado, porque si bien el movimiento reivindicó las formas de un habla nacional, a la que Borges pensó como “el idioma de los argentinos”, para los hombres de Florida ese idioma tenía que ver en todo caso con “el habla de los mayores” antes que con el habla de los sectores populares urbanos.

La escritura de Marechal, por el contrario, opera ese plegamiento que puede llegar, como ocurre en el final de la novela, a lo escatológico o, en otros lugares, a lo coprofágico, como lo ha señalado Adolfo Prieto. Esto significa una evidente transgresión de todo límite estético y moral como ocurre en las novelas de Roberto Arlt, otro vecino disonante del *martinfierrismo*.

Lo que comparte *Adán Buenosayres* con la narrativa arltiana, además del deseo de representar a la Buenos Aires de la década del 20, es la valoración por esas formas populares del habla, que si en Arlt se dará de manera excluyente en Marechal se dará como coexistencia con formas excelsas y canónicas del habla culta. Pero, más allá de esa coexistencia, en *Adán Buenosayres* la presencia del habla popular es tan intensa, y tan determinante, que termina modulando el devenir total de la novela, aun cuando ese devenir pueda leerse como algo fracturado o no plenamente orgánico.

Concebida en plena era del *martinferrismo*, pero concluida dos décadas después, la novela de Leopoldo Marechal fue publicada en 1948: la fecha no es irrelevante. Conocida es la adscripción de Marechal al gobierno y al movimiento político que encabezara Juan Domingo Perón, lo que motivó una generalizada actitud de desconocimiento, cuando no de rechazo, hacia su obra. Suele decirse al respecto que Marechal no fue leído por prejuicios. Pues bien, quizás debiera revisarse esta idea y pensar si la no lectura prejuiciosa no es también una forma de lectura; una lectura que cubre con la pátina cegadora del juicio *a priori*, de las presunciones nacidas de la *doxa*, unos sentidos que atentan contra lo que resulta social y culturalmente tolerable.

Digámoslo claramente: Marechal fue negado por sus contemporáneos y, sobre todo, por quienes podrían definirse como sus colegas, que se encontraban, en gran medida, enrolados en las filas del antiperonismo.

No leer a Marechal por aquel entonces no era más que un modo de leer el peronismo de Marechal, que no se expresaba en los contenidos de su novela –como sí lo haría, por ejemplo, en *Megafón o la Guerra*– sino en la perspectiva cultural y filosófica que su texto adoptaba. Ya que hablar con un lenguaje popular, por un lado, e internarse por los senderos de la especulación teológica y metafísica, por el otro, con el fin de encontrar el sentido prístino y originario de la nacionalidad significaba claramente situarse en una cosmovisión, en una perspectiva abarcadora, que, sin identificarse necesariamente con el discurso oficial del peronismo, suponía una enorme coincidencia con muchos de sus principios y formulaciones.

Hubo, como sabemos, una extraordinaria excepción dentro del campo intelectual de esa época en cuanto al modo de leer *Adán Buenosayres* que fue la lectura de Julio Cortázar. Despejando cualquier clase de prejuicio –siendo él mismo un notorio antiperonista–, Cortázar lee la novela. Lo cual significa que puede reconocer lo que tiene de representación genuina, pero sobre todo de lenguaje genuino. Por eso, escribe: “Hacer buena prosa de un buen relato es empresa no infrecuente entre nosotros; hacer ciertos relatos con su prosa era prueba mayor, y en ella alcanza *Adán Buenosayres* su más alto logro” (1949).<sup>1</sup> Sin embargo, lo que habría de predominar por aquel entonces sería la ignorancia deliberada y el silencio, cuando no la difamación y el escarnio.

1. Cortázar, Julio: “Un Adán en Buenos Aires”, revista *Realidad* marzo-abril de 1949

Una auténtica política de la lectura –política ni partidaria ni estatal, pero sí de grupos, facciones y factores de poder cultural– pretendía confinar a *Adán Buenosayres* al infierno de lo ilegible. Solamente un cambio histórico que modificase las condiciones de lectura en las que se hallaba inmersa la novela podía propiciar su postergada legibilidad, ello comienza a producirse a partir del año 60. La última década de la vida del escritor, como es sabido, coincide con una postrera y tardía reivindicación de su figura y su obra.

Ese proceso habría de reconocer manifestaciones tanto de carácter académico como político. Por un lado, comienzan a publicarse trabajos de crítica hermenéutica sobre la obra: como “La novela de Leopoldo Marechal: *Adán Buenosayres*” de Graciela de Sola e incluido en *Claves de Adán Buenosayres* (1966) y abordajes de tipo greimasiano, como “Pruebas y hazañas de *Adán Buenosayres*” incluido en el volumen 2 de *Nueva*

2. de Sola, Graciela: "La novela de Leopoldo Marechal: Adán Buenosayres", Mendoza, Azor, 1966; y *Centro de Investigaciones Literarias Buenosayres*: "Pruebas y hazañas de Adán Buenosayres", en Lafforgue, J., compilador: *Nueva Novela Latinoamericana* 2, Buenos Aires, Paidós, 1974.

*Novela Latinoamericana* (1974) compilado por Jorge Lafforgue.<sup>2</sup> Pero, por otro lado, la figura de Leopoldo Marechal comienza a ser recuperada en clave política, de política militante, en un momento en que el peronismo en su conjunto se vuelca hacia posiciones combativas y revolucionarias.

Esa lectura política de Marechal, que dibuja toda una iconografía, en la cual los nombres propios de su letra se van transformando en blasón y emblema de sucesivas generaciones de militantes peronistas –basta recordar la infinidad de agrupaciones, publicaciones, unidades básicas y centros de estudios que, desde los años 70 hasta el presente, llevan como nombre *Megafón*, *Marechal* o *Adán Buenosayres*– alcanza un volumen y un espesor histórico pocas veces logrado por otros escritores argentinos, a excepción, claro está, de Rodolfo Walsh. Algunos tienden a atribuir esa dimensión a un vínculo superficial y fenoménico con el autor y su obra. Nosotros, por el contrario, estamos firmemente convencidos de que si algo eminentemente significativo no latiera en su escritura sería imposible que semejante reconocimiento y perdurabilidad se produjera.

Porque, como ocurre con todas las grandes obras de una literatura nacional, *Adán Buenosayres* es una suerte de microcosmos que contiene el cosmos mayor al que remite y al que representa. Es sabido que las formas de esa representación siempre son singulares e idiosincrásicas, puesto que no responden a otra cosa más que a la inventiva del escritor o del poeta. Jorge Luis Borges pudo referirlo en la breve extensión de *El Aleph* –incluso en el más breve pasaje donde narra su visión del fenómeno–, mientras que Roberto Arlt necesitó no una sino dos novelas para hacerlo. Leopoldo Marechal lo hace en *Adán Buenosayres* narrando, podría decirse *martinfierrísticamente*, la ciudad articulada con su otro necesario, el arrabal y el campo.

Así, instaura tópicos pero también lenguajes y tonos ya que lo hace modulando la lengua de modos determinados. En ese movimiento lee a la literatura argentina como lee a la literatura universal, desde Dante hasta Joyce. Pero, además, instaura sus propios lectores presentes y futuros, y acaso pasados si lo pensáramos con la lógica de "Kafka y sus precursores". Esos lectores serán, como se ha dicho más arriba, o informales, profesionales o anónimos. Asimismo, serán meros lectores o serán escritores-lectores, es decir, otros escribientes que, al apropiarse de la textualidad de Marechal, la inscriben –la *re-escriben*– en su propia letra.

La historia de la Literatura Argentina sería también, por lo tanto, la historia de estas reescrituras, que no abundan pero que existen. Si se intentase realizar una historia de la parodia en la literatura argentina contemporánea sería imposible no remitirse a Leónidas Lamborghini: sabida es la relación profunda, constitutiva, que liga a su escritura con la de Leopoldo Marechal.

Pero habíamos dicho que no nos proponíamos hablar de esa historia como un todo sino tratar algunos de sus momentos más relevantes. Permítasenos citar, a modo de epílogo, una novela joven –joven no solo por lo reciente sino por el espíritu que la anima– donde la letra marechaliana vuelve, como vuelven los mitos en la saga de poemas que los reescriben, de manera incesante para hacerlos siempre lo mismo y lo otro, la identidad que no cesa de retornar como diferencia. Nos referimos a *El Campito* de Juan Diego Incardona, una ficción peronista donde la fantasmagoría y la épica propias de Marechal se cruzan, de manera inextricable, con la narrativa de ciencia ficción y con el relato del cómic –dos géneros populares por antonomasia– propios de Héctor Germán Oesterheld.